
Un Huérfano

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8548

Título: Un Huérfano

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de abril de 2025

Fecha de modificación: 9 de abril de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Huérfano

Aparicio arrojó sobre el cajón un puñado de terrones. Los acompañantes hicieron lo mismo. Después colocó sobre la tierra que cubría la fosa un ramo de cedrón e hinojo. Aquél no era pago de flores. Isidro —el tío— dijo entonces:

—Bueno, sobrino, vamos.

El grupo inició el regreso.

En la portera del camposanto los hombres fueron despidiéndose, montaron y llenaron el valle de galopes.

* * *

Aparicio e Isidro tomaron el callejón.

Iban callados, sin nada que decirse. Habrían andado veinte cuadras cuando habló Isidro:

—Ahora que te faltó ella, vamo a visitarnos seguido...

—Pues...

La finada era una mujer de mal genio, mandona, "capaz de ponerle la pata a un hormiguero". Si la familia de Isidro —que era hermano de ella— estaba distanciada, si no llegaban vecinos a la casa, la culpa era de ella. Siempre fue así. Porque el pobre finado Juan —el marido— "fue un para escuchar nomás".

Enfrentaban la estancia cuando Isidro volvió a hablar:

—¿No querés seguir conmigo?

—No señor, gracias...

—La casa te va a resultar grande... solo y güérfano...

Solo y huérfano. Lo dijo sin pizca de ironía. La verdad era que Aparicio con sus treinta años y sus cien kilos era un huérfano...

* * *

La pieza, con aquella cama enorme, parecía más grande. En el muro frontero medían la soledad tres cuadros pequeños: uno con la marca de la estancia, un Jesucristo de manto celeste con un corazón rasgado como una granada, goteando sangre, y un retrato del finado, cara fina, pera en punta y un quepis militar medio cuadrado.

* * *

Ganas de llorar no tenía Aparicio. Sentía que estaba solo, como desprendido de algo protector. Como cortado de una raíz.

Sin embargo podía hacer cualquier cosa.

El —y nadie más que él— tenía que resolver lo que deseaba hacer.

Pero el hecho es que andaba como esperando una orden para hacer algo y escapar de la presencia de aquella cama y aquel muro con cuadros.

Buscó encontrar algo o desear algo. Entonces encontró una tabaquera, papel y fósforos, puestos allí, en la mesa nochera arrinconada, por algún concurrente al velorio y olvidados sin duda.

Hizo un cigarro y empezó a fumarlo, de cabeza levantada, echando humo hacia el muro y la cama y la puerta.

Desde aquel día —tendría quince años— en que ella lo encontró fumando y "le bajó el cigarro de un guantón" no había fumado más.

El cigarro le achicó la pieza, venció la soledad que la finada había amontonado en su vida y le trajo aquel algo que él necesitaba para no estar solo, abrumado por las cosas.

Entonces preparó el mate.

Y estuvo horas dele mate y cigarro. Cigarro y mate.

* * *

Al otro día apareció Ayala, un lindero de campo chico y familia grande, hombre "muy general", de ojo largo, que según decía él mismo "se había criado con dos maestras superiores: Hueya y Carpeta..."

Tomaron unos mates en silencio hasta que Ayala propuso:

—¿Qué le parece si carneo...? Usté con tristezas no se va a alimentar.

Aparicio aceptó y agradeció.

Ayala volvió al rato con una oveja carneada. Después ensartó un costillar, arrimó al fuego, proseó y luego comieron los dos.

Al despedirse Ayala anunció:

—Caigo mañana otra vez... Usté no está acostumbrado a disponer...

* * *

Por allá venía Isidro. Ayala lo anunció:

—Ya tenés otro chasque de la dueña de casa de tu tío...

Isidro había venido dos o tres veces. Con pretexto de acompañarlo, venía a aconsejarle casamiento con una parienta de su mujer, "una cristiana flaca y barullenta" —según Ayala.

Entre mate y mate dejó caer el consejo:

—Tenés que casarte... Tan solo. ¿No le parece Ayala?

—Y... Yo que sé... Aparicio no es hombre de hacer sala... Si le sale rigurosa como la finada...

Como Isidro no encontrara respuesta, prosiguió:

—Claro que si es de poca prosa y fogonera... El hombre se casa por comodidá... Y la mujer cómoda es gorda... ¿No le parece?

Isidro, ya sin asunto, partió.

Desde ese día no volvió más a la casa.

* * *

Un día Ayala apareció acompañado. Con él venía Zunilda, la hija mayor, "a limpiar un poco".

—Té la traje porque no es cuestión que la casa se vuelva cueva de lechuza...

* * *

Ayala salió con las primeras garúas, casi al anochecer. Fue al potrero del arroyo a traer una punta de ovejas "no fuera cosa que el arroyo creciera de golpe como solía".

* * *

Aparicio y Zunilda, parados frente a la noche esperaban el regreso de Ayala. El angustiado por la espera, sin palabras para aliviar aquel silencio. Zunilda tranquila, segura ya de su

destino, con la casa a sus espaldas, donde iría ordenando los acontecimientos.

* * *

Al otro día amanecieron como a las nueve.

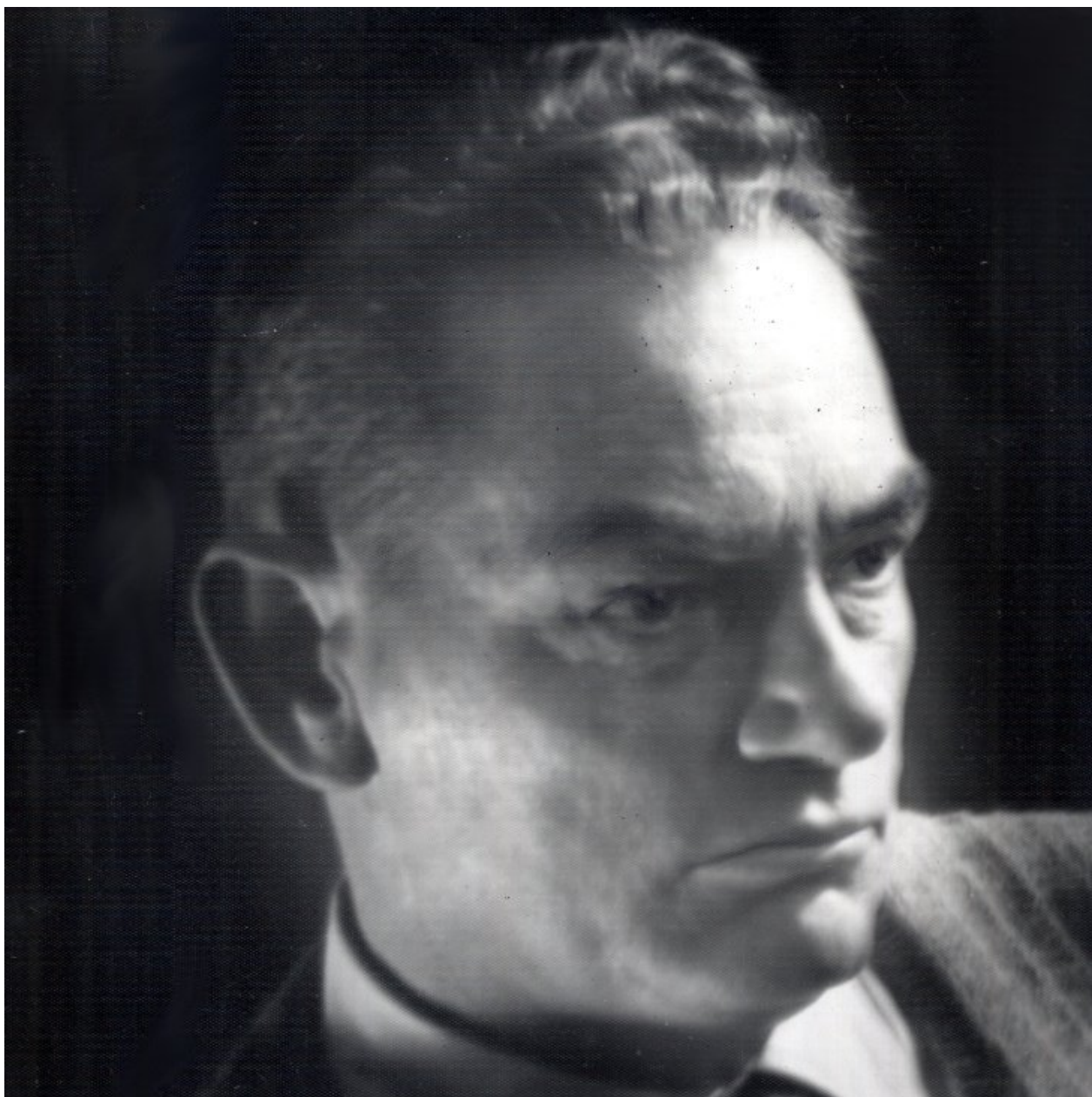
Ella se levantó primero, prendió fuego y volvió a la pieza con el mate. Al alcanzarlo ordenó:

—Ahora se levanta y va y le dice a tata que vamo a comer un cordero... Que estamo de festejo...

Aparicio sonrió feliz. Ya tenía quien dispusiera, quien mandara.

—Bueno —dijo—, ahora fumo un cigarro en la cama y después voy...

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.